

BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

Lo primero que pidió Pere Fages al llegar a China fue una «Grillade de mouton à la Gengis Khan», así, en francés, porque Fages, como buen europeo, dudaba que la cocina china fuera otra cosa que un invento parisiense. Carrillo no llevaba a Fages como asesor gastronómico, aunque es uno de sus méritos más destacados, sino como experto en Relaciones Públicas que había demostrado su eficacia vendiendo butacas en la fila 0 de la Junta Democrática, aquella fila 0 que tantos senadores y diputados ha dado a UCD, partido que no existiría sin la confluencia de dos instrumentos de creación como la Junta Democrática y Televisión Española. Pero los chinos desconocían la existencia de la «Grillade de mouton à la Gengis Khan», aunque les sonaba el apellido puesto por cualquier comentarista gastronómico de París a un remedo de la *fondue Bourguignon* supuestamente achinada por la marinada a base de un supuesto vino chino. Carrillo puso algún reparo suave a la petición de Fages porque su salud no es la que era, pero el ampurdanés (Fages es el Ampurdán) le juró que la cocina china es ancestralmente dietética, algo así como la «otra cocina» que los franceses se han inventado desde hace siglos para compensar sus océanos crema de leche. No le asumió del todo Carrillo la respuesta porque diría que miraba en dirección a España, como si no fueran barreras suficientes los océanos y la dorsal espina americana de los Andes y las Rocosas.

-¿Se sabe algo de Tamames?

-Se le ha visto pidiendo dinero por las calles para la repoblación forestal de Madrid.

-¿Nada más?

-Nada más.

Respondió Gregorio López Raimundo al tiempo que cerraba los párpados para retener dos gotas de piedad o inseguridad.

-¿Y de Gutiérrez Díaz, se sabe algo?

-Se sabe poco.

-Era de esperar.

Comentó Carrillo dispuesto a no dejarse sorprender por los acontecimientos. Millones y millones de chinos les contemplaban y Hua Guofeng les decía.

-Belinguel ha de venir a plobal las toltillas lellenas de calne de buey. No

todo acabal en eulocomunismo. La vida seguirl. Videla elogial mucho el queso de soja con picadillo de buey.

Carrillo se dejó llamar «Camalada Calillo» doscientas doce veces antes de atreverse a pedir el poder nadar un cuarto de hora de silencio por el Yang Tse en memoria del presidente Mao.

-Plesidente Mao no nadal, no nadal, pescal salmón con la ayuda de la banda de los cuatro.

Insistió Carrillo y de paso explicó que el eurocomunismo se basa en la

reivindicación del pluralismo democrático y que sin duda el reciente sesgo tomado por la revolución china llevaba hacia el contraste de pareceres y una ley de Asociaciones. Le permitieron pues bañarse en el Yang-Tse-Kiang y nada más entrar en el agua un frío mágico como retenido en su espera le subió desde los pies hasta los más secretos pliegues del cerebro y sus brazos se movieron como aspás que levantaban las aguas y abrían velocidades de autopista por un túnel de aguas, diríase que separadas





por la fuerza del gigante nadador.
-¿Qué le pasa?

Preguntó López Raimundo, alarmado, al intérprete sonriente.

-Poseído espíritu Mao. Mao muy juguetón. Le halá nadal y nadal sin palal.

Carrillo nadaba y nadaba a velocidad de crucero y aunque en un primer momento estuvo a punto de pedir socorro luego le poseyó una euforia ingrátido-pirada. Anocheció sobre su cabeza coronada por las espumas del río roto y se detuvo para dejarse cubrir por las estrellas y una luna lacada.

-La luna del Yang Tse ¿es la misma que la de Crimea? He de preguntárselo a Tamames que tiene un archivo de fábula. Pero, ¿querrá contestarme?

Buscó descanso en una isla de crocanti oscurecido por la noche abrigado por el verdín y las aguas. Se oyó a sí mismo recitar.

*La rueda roja busca horizontes
para la larga marcha
un carro de fuego crea camino
para el tigre alado del Yenan
ya se van los pastores a la Extremadura
ya se queda la sierra sola y oscura*

¡Coño! Pensó Carrillo. Es el primer poema que me sale desde que murió Franco. Contempló las aguas rumiantes fascinado y alerta porque no desconocía que el milagro salía de ellas, como si el alma poética de Mao

se hubiera apoderado de la tozudez de la corriente y la hubiera convertido en una billonada de partículas poéticas. Quiso preguntarse dónde estaba y le salió.

*Acaso hacia el oeste medre
la plata asfáltica hasta el Paraíso
rollos primavera y té jazmín
no conviene excitar la tripa del tigre*

Se hizo otra prueba. Pensó en la última reunión del Comité Central del PCE y recitó.

*Acuario de delfines
blancos de risa de esfuerzo
las pescadillas se muerden la cola
se niegan a las fauces del tigre de papel*

A ver, a ver. Esto funciona. Pensó en Felipe González:

*Porque tiene veinte años
el tallo de bombú cree alcanzar las estrellas
pero en su esfuerzo se impide la mirada
sobre el curso del río que le da la vida
hasta que le seca el ingrato corazón*

-Señor Carrillo, señor Carrillo.

La llamada le hizo salir de su alhelamiento poético para caer en un pozo de estupor al ver que su nombre lo pronunciaba una delfina desnuda que asomaba medio cuerpo sobre las aguas del río.

-El sabio mandarín de la Isla de Amatista quiere hablar con usted y

desvelarle algunos misterios del futuro.

-¿Cómo es que usted, señorita, habla sin acento chino?

-Es que he viajado mucho y en ocasiones ya no sé ni lo que hablo.

-¿Y quién me asegura que no es usted un agente de la KGB?

-No está en condiciones de que nadie se lo asegure, pero yo soy una simple intermediaria. Ha de fiarse de mi palabra.

Carrillo se subió a lomos de la delfina e inmediatamente aparecieron legiones de delfines de debajo de la piel de las aguas en formación de escolta. La delfina volvía de vez en cuando la cabeza para comprobar la estabilidad del cabalgante y se orientó hacia una derivación del río, por aguas estancadas entre cañaverales y ronquidos de millones de mosquitos durmientes. El olor a plantas podridas aumentó el frío de Carrillo. Tiraba cuando la delfina le dejó en una playa conformada por milenarias acumulaciones de hojas secas de bambú y el frío se convirtió en hielo cuando ante su vista se alzó un delgadísimo y gigantesco anciano cuya estatura acrecentaba el pedestal de un tronco de chopo.

-¿Es usted Cadillo?

-Carrillo o Calillo, como aquí me llaman.

-Es que yo tengo acento mandadín, soy un mandadín pada sedvidle.

No hay manera con la erre, se

BESTIARIO

comentó Carrillo a sí mismo, ligeramente irritado por tantas acomodaciones de su apellido.

-Ha sido muy amable al venir a hablar con este pobde y loco viejo.

-Está usted hecho un chaval.

-Ha podpósito ¿Cómo está su camadada Dododes Ibaduddi?

-Como una moza.

-Mujed fueďte y fdagil a la vez. Ya lo dice el gran Albedti: *Pasionadía, flod de flodes. Le he mandado llamad podque en los libdos de la Sabidudía Antigua está escrito que usted a la vejez sedá más sabio que en la juventud. Se detidadá de la polítca. Escdibidá libdos y ganadá el Fémina, y el Goncoudt.*

-¿Y el Planeta?

-¿Pada qué quíedes otdo planeta si la tieda de la palabda sedá tuya?

Una intuición repentinamente segregada por sus nervios ateridos le hizo abalanzarse sobre el mandarín y quitarle la careta con la que cubría sus facciones.

-¡Maldición! ¡Suslov! ¡Me lo temial

Suslov había retrocedido dos pasos. La luna subrayaba su verde palidez.

-Me has descubierto. Ya le advertí a Breznev que esto acabaría mal. Ha sido una estupidez. Los papeles de mandarín no me van, camarada, no me han ido nunca. Estuvo a punto de salirme bien cuando lo de Lin Piao, pero luego pasó lo que pasó.

-¿Y quién te manda a ti hacer el gilipoyas fluvial?

-Tú ya sabes lo que son estas cosas. La disciplina, el qué dirán, el miedo a anquilosarme escribiendo artículos para Revista Internacional. El cuerpo necesita movimiento de vez en cuando. Yo he dicho una y mil veces que envíen a gente más joven para cosas así, pero la gente joven, bueno, se pasan todo el día en las oficinas. Bueno. Ya me voy. Lo siento, pero tú en mi caso te habrías comportado igual. Suerte, pase lo que pase.

Una brusca iluminación silueteó a Suslov y al despejarse dejó en la orilla un viejo delfín achacoso, lleno de costurones y cicatrices que buscó trabajosamente las aguas propicias. No se detienen ante nada, para ellos el fin justifica los medios, pensó Carrillo, pero no pudo abandonarse a la melancolía y la autocompasión porque oyó las voces de Fages, Azcárate, López Raimundo y medio millón de chinos que gritaban su nombre por la espesura de la selva baja que enmarcaba el río.

Horas después se reponía al calor de una chimenea encendida y de una humeante sopa de abalones. Nada había revelado de sus curiosas experiencias y nada le habían preguntado aunque sus tres compatriotas, buenos conocedores de su talante, sabían que algo importante le había ocurrido.

-Gregorio estoy cansado. ¿Qué hay para cenar después de esta sopa?

-Delfin al horno al estilo Josep Mercader, del Hotel del Ampurdán.

Propuso Pere Ignaci Fages triunfal, triunfalismo que se convirtió en estupor al ver cómo una arcada lenta, pero segura subía desde las profundidades del estómago de Carrillo y quedaba contenida en la crispación del rostro.

-¿El delfin es un pez comestible?

-Los chinos han convertido todo lo vivo en comestible. Forma parte de su filosofía de relación con la naturaleza.

-Pequeño Saltamontes, ¿no será este plato un invento tuyo como la «Grillade de mouton à la Gengis Khan»?

Se negó Carrillo a probar el delfin y se retiró a sus aposentos. Para vencer el insomnio se puso una cassette con la grabación de un programa emitido por Radio España Independiente en junio de 1958: «Millares y millares de militantes están preparando la Huelga Nacional Pacífica de veinticuatro horas». Sonrió escépticamente; era la constante, anual promesa del Asalto al Palacio de Invierno cada verano. Se durmió y en sueños se vio sentado en la cabecera de una larga mesa. Azcárate le ofrecía un Armagnac y Pere Ignaci Fages una lata de delfinitos en escabeche.

-Son de Massó. Unos conserveros catalanes establecidos en Vigo.

De pronto la sonriente y propicia presencia de Fages era sustituida por la de Tamames vestido de joven guardia rojo y agitando su Estructura Económica de España como si fuera el libro rojo de Mao. A su lado Gutiérrez Díaz le proponía.

-Va Santiago, es molt facil. Digues: setze jutjes mengen fetge d'un penjat.

De pronto aparecía Nicolás Sartorius vestido con pantalón de golf y gorra de tweed.

-¿Qué le estáis haciendo? Dejadle dormir.

-Yo pasaba por aquí.

Se disculpó Tamames.

-Tu también, Nicolás. Digues: setze jutjes mengen fetge d'un penjat. Es molt facil.

Una voz lejana con levisimo acento valenciano decía:

-¡Guárdate de los picos de oooooooooooooo...!

Carrillo se despertó entre sudores y el médico chino dictaminó: gripe tahilandesa, el imperialismo nos ha infectado de virus. Le dieron a escoger: o dos aspirinas o la acupuntura. La mirada de Carrillo despejó el enigma: le dieron dos aspirinas y un vaso de leche caliente con una copa de coñac. La fuerte naturaleza del enfermo obró el prodigio de que pudieran cumplir con el protocolo con la única

salvedad del paseo en bicicleta por la fábrica de corchetes de bambú «Sun Yan Sen». Por la noche Carrillo acudió a la cena íntima que le dio Hua Guofeng y no pestañeó cuando comprobó que consistía en una fabada asturiana regada con té jazmín. Entre dientes preguntó a Fages: ¿Ha sido idea tuya, pequeño saltamontes? No, no, ha sido una recomendación del embajador español porque se ha enterado de tus orígenes asturianos. La madre que le parió, musitó Carrillo mientras sonreía en dirección al embajador español. No había señoras y por lo tanto no pudieron pasar al salón rosa mientras los caballeros pasaban al salón azul a fumar y tomar una copa. Constató en acta la imposibilidad de practicar la división de roles y tras los convenientes carraspeos de Azcárate, el embajador español se despidió pretextando obligaciones laborales y se quedaron los comunistas en su salsa china.

-El tolo Mihula embiste porque ama -dijo Hua Guofeng para empezar. Fages tradujo:

-¿Qué tal la familia?

-Bien muy bien, gracias.

-En cambio los delfines se llaman entre sí pala comunicarse...

Apuntó Hua Guofeng con una sonrisa. Fages tradujo.

-Las mejores mantecadas son las de Astorga.

-Le prometo enviarle una caja en cuanto llegue a España.

-El oso soviético, ¿se entiende bien con los delfines?

Fages tradujo:

-Dice que algún día quiere ir a España a ver los Sanfermines.

Acabó en este punto la reunión y de vuelta al hotel en bicicleta tandem, Carrillo le preguntó a Azcárate.

-¿Qué te ha parecido?

-Muy interesante. Ya te has fijado que nos ha propuesto un frente común antiimperialista dirigido desde la calle Castelló.

-A mí me ha parecido que prefería ubicar la sede en la calle Arenal.

-Bueno, tal vez no he entendido muy bien lo de la calle, pero se ha referido a Madrid.

Era una hermosa noche llena de estrellas fabricadas por la comuna de hojalateros de Cantón.

-Dime, Gregorio, ¿la luna del Yang Tse es la misma que la de Crimea?

Gregorio pedaleaba esforzadamente porque Fages no le secundaba lo conveniente.

-La de Crimea es una naranja, en cambio la del Yang Tse es una mandarina.

Carrillo pensó, una vez más, que Gregorio López Raimundo era la persona más prudente que jamás había conocido. ■ M.V.M. Dibujos: Guillén.